Recensiones críticas de libros

JUAN VALERA, CARTAS A SU MUJER. Ed. Cyrus DeCoster y Matilde Galera Sánchez, Córdoba, Excma. Diputación Provincial, 1989, 253 págs.

ANTONIO CRUZ CASADO
ACADEMICO CORRESPONDIENTE

Cuando en España empiecen a realizarse estudios sobre la vida privada, tal como se hace en otros países europeos, los libros de memorias, los diarios, las cartas y todos aquellos documentos personales que ayuden a perfilar las formas de vida del pasado, tendrán un valor inestimable. En este sentido, es de agradecer que vean la luz ediciones como la que han preparado los profesores Cyrus DeCoster y Matilde Galera Sánchez.

De la labor del primero no vamos a ocuparnos detenidamente en esta ocasión, puesto que sus estudios ya clásicos sobre Valera han alcanzado resonancia en numerosos ámbitos culturales, en tanto que las aportaciones de la profesora Galera Sánchez no han tenido, en nuestra opinión, el reconocimiento que merece una labor de investigación callada y paciente, realizada en condiciones no siempre propicias para ello. Con todo, los trabajos de la doctora Galera Sánchez, Académica Correspondiente de esta docta institución, residente en Cabra desde hace mucho tiempo, abarcan ya una amplia parcela valerista y se convierten, en algunos casos, en obras básicas que completan o descubren un aspecto desconocido u omitido del gran novelista cordobés. Tal pueden considerarse su libro *Juan Valera político* (1), el que reseñamos en esta ocasión, sus artículos publicados en este mismo *Boletín* (2) y los que han aparecido en otros medios de comunicación. En total rebasan ya ampliamente la veintena sólo los dedicados al escritor egabrense, de gran altura todos los que conocemos. Además, siguiendo su línea de investigación, tiene en prensa otro libro de cartas del escritor a sus hijos y se ocupa en la actualidad de rescatar para la edición un aspecto completamente desatendido: la labor de Valera como diplomático, estudiando para ello una cantidad ingente de despachos, a los que, por el momento nadie había prestado la menor atención. Quevedo, escribiendo a Justo Lipsio, señalaba, a propósito de la edición de Séneca que preparaba el último: "Séneca noster te totum habet, et non aliter

(1) Matilde Galera Sánchez, *Juan Valera, político*, prol. Antonio Gallego Morell, Córdoba, Excma. Diputación y Ayuntamiento de Cabra, 1983, XV + 742 págs.

(2) Señalamos las aparecidas en este *Boletín de la Real Academia de Córdoba:* "El sepulcro de Pepita Jiménez", enero-diciembre, 1974; "Para un esbozo de Pepita Jiménez", Ibid.; "Valera viticultor y enólogo", enero-diciembre, 1984; "Una carta inédita de Valera. Notas para el Centenario de la coronación del poeta Zorrilla en Granada", enero-junio, 1990.

totum Séneca habere possumus'' (3); algo parecido podríamos decir de Matilde Galera, a quien los estudios y ediciones de nuestro Valera la tienen completamente ocupada y no de otro modo podremos tener completo a Valera.

Las cartas del escritor a su mujer abarcan en este libro un amplio espacio de tiempo, casi treinta años, de 1867 a 1895, toda una vida de correspondencia privada, familiar, que se inicia con epístolas en las que el ya cuarentón Valera pretende a la joven María Dolores Delavat, cuya edad sobrepasaba en poco la veintena, y que terminan con cartas desde Viena, donde el novelista realiza labores diplómaticas. Las cartas que, al principio, en la etapa de noviazgo suelen encabezarse con un amoroso ''Mi querida Dolorcitas'' (p. 19), cambian a poco de tono y el comienzo se transforma en ''Querida Dolores mía'' (p. 30) o en el más seco y dominante en toda la correspondencia ''Querida Dolores'' (p. 55); este cambio, que no es simplemente anecdótico, implica al mismo tiempo un cambio afectivo en la actitud de Valera hacia su mujer.

Tal como se transparenta a lo largo del epistolario, las relaciones entre los esposos van siendo cada vez más frías y distantes y sólo el respeto ajeno parece ser la causa de que sigan manteniendo ante los demás una apariencia respetable, que estaba lejos de corresponderse con la realidad. Es ese uno de los motivos, junto con el económico, que hace que el escritor cumpla largas estancias diplómaticas, la mayor parte de ellas solo, en lugares más diversos: Lisboa, Washington, Viena... Ahora bien, ¿que ha ido ocurriendo entre la pareja para que la convivencia se haya hecho cada vez menos posible? Son muchos los factores que inciden en la cuestión, y quizá no los conozcamos todos, pero la diferencia económica entre uno y otro, más rica la mujer, y el mal carácter de la dama, son elementos que, sin duda, hay que tener en cuenta, aun cuando los tres hijos del matrimonio, que nacen entre 1868 y 1872, sean un fuerte lazo afectivo.

Estos aspectos aparecen en diversas ocasiones en el epistolario, sin ser dominantes; pero se deja claro, por ejemplo, que la larga y poco grata estancia de Valera en Washington tiene estas raices. Así lo manifiesta en su segundo invierno en Norteamérica, estación terrible para el anciano Valera: ''Mi casa está tan detestablemente preparada para el frío, que gasto montes de leña y carros de carbón, y no logro que esté caliente. El viento glacial se cuela por mil aberturas y resquicios -escribe el 22 de Diciembre de 1884- [...] En este mismo instante, en que te estoy escribiendo, tengo los pies fríos como la nieve'' (p. 141). Antes ha recordado las causas de su decisión que, una vez más, no le ha reportado los beneficios que esperaba: ''Yo no me he llevado chasco -escribe en la misma carta-. Yo presentía el sacrificio; pero estando en Doña Mencía, en Octubre de 1883, sin un octavo, con muchísimas deudas y sin esperanzas de ganar dinero, *y teniendo que vivir ahí a tu costa* [subrayado nuestro], o no se cómo, pedía a Ruiz Gómez este puesto y me lo dio. Con cerca de 60 años entonces, tuve, muy contra mi gusto, que dejar mi Academia, mis libros, *porque tu no me puedes sufrir* [subrayado nuestro], pasar el Atlántico sin gana, y venir aquí, a morirme quizá, en la soledad y lejos de la patria'' (pp. 139-140).

A pesar de todo, el afecto de Valera hacia Dolores parece haber sido sincero, aunque recibe de ella cartas llenas de ''duras e injustas recriminaciones'' (p. 148), a las que no quiere contestar: ''No contestaré con otras, pues no quiero que, sin que baste el Atlántico que esta de por medio, nos escribamos para pelearnos'' (ibid). El cariño ocasional del escritor fue pagado con desaires y desdenes: ''Yo, y perdona que me elogie, soy desinteresado y deseo el bien de todos, y mucho más el de las personas que amo, como te amo a tí, aunque tan mal me pagas. Me alegro en el alma, por consiguiente, de que estés, como me dices, *más joven y menos fea que antes;* lo cuál, entendido por mí que *antes* y siempre te hallé bonita, distinguida, elegante y graciosa;

---

(3) Francisco de Quevedo, *Epistolario completo*, ed. Luis Astrana Marín, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1946, p. 6.

significa que has de estar guapa, muy guapa y yo lo creo, y me complazco en esperar que te conserves así, y que te vuelva yo a ver y a contemplar con mi pobre cariño, desde hace tantos años, pagado sólo con desaires, sofiones y desdenes'' (p. 149).

Mucho más explícito en el asunto de sus problemas conyugales se manifiesta cuando escribe a su hermana Sofia: ''Mi mujer hace más de cinco años que no es mi mujer, sino mi enconada enemiga. Dice que me odia o que me desprecia, y no obstante sigue viviendo en mi compañía para achicharrarme la sangre. Las peloteras que tenemos son espantosas. Como ella tiene su dinero y yo no que quiero que me diga que me mantiene, me veo obligado a gastar en la casa, aunque desde Abril último dejé el coche, y cada día estoy más ahogado y apurado. Ella vive aquí, tiene su cuarto al lado del mío, me hace a veces que le acompañe, y no me dirige la palabra sino para decirme una injuria. Tu dirás ¿por qué lo sufro? Lo sufro por mis hijos a quienes quiero: lo sufro porque mis excitaciones a que nos separemos no valen de nada, y yo tendría que huir dando un escándalo trágico. Ahora, desde hace meses, Dolores esta diciendo que se va a ir a Pau con su madre; pero ni acaba de irse ni yo creo que se vaya. Aquí, en la sociedad, al verla y oirla decir que se va Pau con su madre y hasta fijar el día de su partida, como a veces la ha fijado, se han hecho mil comentarios, los cuales han llegado a sus oídos y han sido causa de nuevas peloteras. En suma, sería cuento de nunca acabar el contarte todos los fundamentos y razones que hay para que yo me ahorque. Cualquiera que no tuviera mi calma, ha tiempo, se hubiera ahorcado: pero yo no quiero dar este gusto a Dolorcitas'' (4). Esta carta es de enero de 1877, pero las discusiones vienen de mucho antes, como se manifiesta en otra apistola, en este caso dirigida a su madre, que puede fecharse hacia 1872: ''Estoy afligidísimo porque estas cosas llegan ya al último extremo. Mi mujer es el mismo demonio. Ayer me ha dado un día espantoso, y hoy, durante el almuerzo, me ha armado otra camorra no menos horrible. Esto no se puede sufrir, y sin embargo no hay más recurso que sufrirlo. Sería ridículo, odioso, bestial, que tuviese yo que pegar a esta muchacha, y me temo que las cosas puedan llegar hasta el extremo de tener que pegarle. No me perdonaría yo en la vida si incurriese en un acto tan grosero e indigno; pero aseguro a Vd. que es menester toda mi paciencia, toda mi calma, toda mi dulzura, para no incurrir en acto semejante. Anoche, durante la comida, y hoy, durante el almuerzo, ha hecho y dicho mi mujer cien veces más que lo que hubiera podido decir la mujer de cualquiera otro para recibir quince o veinte soplamocos. No se si lo hace adrede para producirme una indigestión y obligarme a que reviente. No entro en pormenores sobre todo esto porque sería cuento de nunca acabar. La solución más satisfactoria que este negocio pudiera tener sería la de que mi mujer se fuese con su madre a donde le diese la gana y se llevase toda su dote. Yo me quedaría con gusto con uno de los chicos; pero si quiere llevarse los dos, que se los lleve con tal de que se vaya. Me ha engañado por completo. Crea Vd. que no hay criatura de más perversa índole que mi mujer. Yo creo que hubiera sido un marido excelente con otra mujer cualquiera'' (5).

La cuestión es un lugar común en la correspondencia familiar; así, ya en 1870, cuando Valera llevaba unos cuatro años casado, la madre del escritor, la marquesa de la Paniega, escribe a Sofia: ''El pobre Juan es muy desgraciado, está casado con una mujer tontiloca; lo que hay que oir es a los criados, contar ridiculeces, furores y tonterías, que apestan. Nadie la quiere atender porque pega a los criados y los denuesta espantosamente. No se aviene a nada. Si está malo el niño llama a tres o cuatro médicos, que cuestan un dineral y pare por el mismo estilo. Todo como si fuese una princesa de Rusia y a todo esto poniendo a su marido de bestia y de estúpido que lo cruje. Juan es un buen Juan'' (6).

(4) Juan Valera, *Cartas íntimas, 1853-1897*, ed. Carlos Sáenz de Tejada, Madrid, Taurus, 1974, p. 118.
(5) Ibid., p. 105.
(6) Ibid., p. 88.

Quien le iba a decir a Valera que aquella chiquilla "fea como un pecado" a la que conoció en Brasil, con seis o siete años, y a la que volvió a encontrar en Biarritz en 1866 se convertiría con el tiempo en su esposa, a la que ni siquiera se atreve a cortejar directamente en su etapa de noviazgo, sino por carta, y habiendo conquistado antes la voluntad de la madre y de la abuela. Así se desprende de una de sus primeras epístolas: "Otra mujer menos modesta que Vd., otra mujer experimentada y engreída hubiera conocido de sobra que, a pesar de lo mucho que yo estimo a su mamá de Vd. y a su abuelita, y de lo mucho que me interesa y me divierte su conversación, sobre todo discutir y hasta disputar con la abuelita, el objeto y fin principal de mis visitas era Vd. y que, si estas visitas no se repetían más y no se convertían en una sola que hubiera durado el día entero era por temor de aburrir a Vds." (p. 20). Quizá el problema básico de esta desgraciada relación haya que buscarlo en la deficiente situación económica del escritor y de su familia, lo que Valera llama, no sin gracia, la *sindineritis*, y esto lo hace pensar desde antiguo en el matrimonio como una solución; en este sentido le escribe a su madre en una carta de 1851, refiriéndose a una etapa en la que tiene una novia rica: "La situación angustiosa de nuestra casa, esa *sindineritis* crónica de que usted, mi padre y yo nos quejamos de continuo y nos sentimos molestados, me da mucho en que pensar, y a veces me hace desear hasta el matrimonio como medio de poner remedio a un mal tan acerbo, aunque sea con otro mal nada grato. La novia posee cerca de cuarenta y cuatro mil duros, y espera otro tanto a la muerte de su querida mamá. La fortuna no es notable, como no sea para un perdido como yo. La novia rabia por casarme, y la familia, esto es, su madre y hermanos, me quieren también. Yo solo ando reacio y esquivo" (7). Las referencias sobre la cuestión podrían ampliarse considerablemente.

La relación entre Valera y su mujer es sólo un aspecto de los muchos que aparecen en este epistolario. La constante penuria económica del escritor, los menudos sucesos y rumores durante la revolución de 1868, la tristeza por la muerte de su hijo mayor, Carlos, la preocupación ante las aventuras amorosas que tiene su hijo Luis, apenas salido de la pubertad, con una criada de la casa, el insufrible comportamiento de su sobrino Juanito, quizás lo más risueño del epistolario, entre otras, son cuestiones interesantes que merecían un tratamiento demorado.

A veces, el lector tiene la sensación de estar violando la correspondencia, íntima y secreta, de unos seres que manifiestan constantemente humanísimas preocupaciones, problemas y sentimientos que nos emocionan y que, en ocasiones, nos hacen sonreir. Con el epistolario de Valera a su mujer una faceta personal del escritor se nos aparece más perfilada, más clara; esto hace que, al mismo tiempo, lo sintamos más cercano, como una persona a la que hubiéramos conocido personalmente.

Por otra parte, las cartas son sumamente amenas, escritas con un estilo claro y atractivo. Es posible que la constante dedicación de Valera a la correspondencia epistolar pudiera servirle, tal como señala el profesor López Estrada, para pulir la expresión e informar en ocasiones alguna de sus novelas más importantes, como *Pepita Jiménez:* "Me parece acertado insinuar que en Valera su afición por la correspondencia le supuso un constante ejercicio en el que su expresión se ejercitaba y pulía. Siempre tuvo motivos para escribir cartas y destinatarios que las esperaban con avidez. No puede darse una mayor abundancia de temas, siempre mezclados como conviene a la carta auténtica, y no falta en él lo que parece un perpetuo estado de gracia epistolar de la mejor ley" (8).

Para terminar hay que señalar que el libro de Cyrus DeCoster y de Matilde Galera Sánchez lleva un detallado índice de nombres que facilita enormemente la tarea de consulta y localización de los personajes a los que se hace referencia en el texto.

(7) Juan Valera, *Obras completas*, ed. Luis Araujo Costa, Madrid, Aguilar, 1958, III, p. 49.
(8) Francisco López Estrada, *Antología de epístolas*, Barcelona, Labor, 1961, p. 113.

Un reparo, sin embargo, puede y debe hacerse: la publicación comprende 117 cartas, en tanto que, según se indica en el prólogo, se han conservado "trescientas ochenta y cinco, todas autógrafas [...] dirigidas a su mujer" (p. 13). La diferencia entre lo publicado y lo inédito es todavía enorme. Aunque esto quizá no sea imputable a los preparadores de la edición, sería necesario publicar toda la correspondencia de Valera, aun cuando haya reiteraciones y las referencias literarias que se encuentran en la misma no sean ciertamente importantes, sino más bien escasas. Contamos ya con todo el epistolario localizado de Lorca a su familia (9) y las cartas de Valera, autor igualmente relevante, pueden correr peligro de no conservarse si no se publican, siquiera sea por el deterioro normal de unos textos escritos en papel que tienen ya cien años y en algunos casos más. Si se tratase de cartas de Flaubert, de Proust o de James Joyce, ¿no estarían publicadas ya todas las cartas de Valera, como efectivamente lo están las de los tres escritores mencionados, entre muchos otros de igual o parecida categoría?

(9) *Federico García Lorca escribe a su familia desde Nueva York y La Habana, 1929-1930*, ed. Cristopher Maurer, *Poesía*, núm. 23-24, 1985.

CRÁTERA. ANTOLOGÍA DE POETAS Y PINTORES CORDOBESES
Córdoba, Diputación Provincial, 1989; 169 págs.

JOAQUIN CRIADO COSTA
e INMACULADA HERRERA MARTINEZ

Hacer la reseña de un libro es una labor cuyo adjetivo idóneo aún no hemos conseguido hallar. Según un texto u otro, podemos casarlo con un adyacente más o menos acorde y acertado. Tratamos -según lo que se comenta y como nos enseñaron- de ser objetivos: señalar el contenido y resaltar algunos datos de importancia para el futuro lector.

Sin embargo, al caer *Crátera* en nuestras manos se han quebrado todos los esquemas: han volado las páginas de los diccionarios con esperanzadora ilusión de descubrir el término que pudiera ajustarse a esta joya antológica.

No podemos ser imparciales ni objetivos ante la obra que asimos mimosamente en nuestras manos y de la que no pueden apartarse nuestros ojos. Sólo el prólogo de Pedro Tébar nos embriaga y sumerge ya en un mágico mundo en torno al vocablo ''crátera''. Esta mítica Grecia parece ceñir nuestros pensamientos y abre nuestra *psike* hacia este breve, pero intenso, conjunto artístico que prologa.

Define *Crátera* en estos términos: ''... No es una antología, ni una selección. Ni siquiera una muestra exhaustiva de poesía cordobesa. Es, ya lo dice su título, el título, el lugar donde se mezcla el vino con el agua, lo juvenil con lo maduro, la realidad con la promesa, el oficio con la frescura y la espontaneidad. Lo mismo en copla que en pintura, porque es ancha la boca de la crátera y nunca agotaría la presencia, la cantidad y la calidad de los artistas que penetrar quisieran...''

Veintisiete poetas y trece pintores nos regalan algo muy importante de lo que en su especial sensibilidad subyace. Desde Federico Abad a Soledad Zurera o desde Angela Sánchez Romero hasta Carlos Aragón -unos en poesía, otros en pintura-, todos configuran un grupo de personas sensibles en esencia, eruditos en su materia, que -generosamente- nos donan algo de su intimidad por medio de la expresión gráfica.

No es posible analizar ni comentar cada una de estas piezas que configuran nuestro ''puzzle'' artístico. Todas tienen genialidad, maestría, buen hacer, sentimiento...

Permítasenos, no obstante, hacer una leve referencia a algunos de ellos -sin ánimo discriminatorio- para que el lector en potencia tenga una somera idea de la obra maestra que tiene la suerte de mantener entre sus dedos.

Manuel Gahete Jurado, Premio Nacional de Poesía en 1988, entre otros premios, es un poeta joven, pero completo; no cesa de trabajar; su sensibilidad y humanidad

desbordan en reiteradas ocasiones. Los poemas aquí seleccionados, ''Transgredida ausencia'', ''Urgencia'', ''Razón de ser'' dan fiel testimonio de lo que su espíritu enseña. Quienes lo conocemos y tratamos con frecuencia sabemos cuán gran personalidad posee. De sus versos brota la vida, la energía, la verdad...

Todo un vate que, si ya ha demostrado sus habilidades poéticas, sigue siendo una promesa que -estamos seguros- dará aún fruto a nuestras letras hispánicas.

Juana Castro, mujer entrañable que en uno de sus poemas escribe: ''... He de adiestrarme a solas...''; así refleja parte de su vida personal: luchadora nata y trabajadora incansable. Natural de la sierra cordobesa, es portadora -ya se ha dicho- de una pluma que jamás se agota. Su prolífica obra poética nos regala en *Crátera* estos poemas: ''Amansamiento del halcón peregrino o neblí, aplicable a todas las aves de altanería'', ''Cómo se desvela a los halcones en los primeros días del amansamiento'' (de su *Arte de Cetrería),* ''La sorda'' y ''La caja vacía''. Poesía viva, sonora, volátil, ágil y, fudamentalmente, sincera.

Francisco Carrasco, profundo y ágil, nos deleita con sus cuatro ''Variaciones sobre un mismo tema'': las alas.

Las imágenes tangibles de Mercedes Castro, los versos realistas de Manuel de César, los metafísicos de Encarna García Higuera, los musicales de Alfredo Jurado Reyes, los clásicos de Araceli Linares Rojas y de Lola Peña, los rurales de Alejandro López Andrada, los eruditos de Carlos Rivera, los oníricos de María Jose Rodríguez, los aromáticos de Lola Salinas, los sensuales de Soledad Zurera y los de tantos otros antologados nos deleitan en las páginas del libro.

¿Y qué decir del elemento plástico? Líneas sutiles y delicadas van acariciando nuestra vista a la vez que nuestros pensamientos vuelan tras un poema y otro.

Desde la genial muestra que aparece en ''Portada'', de Ana Ferrándiz, hasta el último dibujo de Pablo Ruiz, pasando por los de Ana Ortiz, Angela Sánchez, Rosario González, Rafael Benítez, José Amal, todos gozan de una plasticidad inmensa. En la mayoría predominan suaves y sugestivas líneas que marcan cuerpos y caras femeninas, partes del cuerpo humano, etc.

Destaquemos por sus bellas evocaciones el que aparece en la pág. 59 ó el de la 103 ó el de la pág. 163. ¿A qué seguir? Es imposible describir con palabras lo que los especialistas hicieron con su lápiz y su pincel.

La realidad de la obra es patente; su maestría, también. Sólo nos resta agradecer tan brillante idea promotora, al Aula de Cultura Astro, que, a pesar de su poco tiempo de vida, ya ha cumplido excelentes trabajos.

MAÑAS RINCÓN, JACINTO: *DÉCIMAS DEL 87 Y LIBRO DE AMARANTA Madrid, Ideal, 1989; 45 págs.*

M.ª ANGELES MARMOL MARTINEZ

Décimas del 87 y libro de Amaranta, Madril, Ideal, 1989; 15 págs.

En tono reflexivo y pausado penetra este autor en su vida, dando a luz unos versos sobrios de forma pero sentidos en el fondo.

Tras un **Autorretrato**, que así titula el poema inaugural, J. Mañas canta a la muerte de la mano de un hecho puntual: la pérdida de dos seres queridos, llegando incluso a definirse más tarde como ''juglar de fúnebres cantes''. Contrasta esta pena con el presente veraniego en el que se sitúa el autor.

Sus creencias salen a la luz; lo efímero de la vida, de una vida llena de ''quebrantos''.

J. Mañas nos descubre la medicina como campo de su ejercicio y lanza desde su poema ''Despedida'' un mensaje en tono agonizante. En la ''Décima del epitafio'', y ya en la segunda parte del poemario, condensa su pensamiento en estos versos profundos:

''Ya está de cuerpo presente,
aquel que toda su vida
pareció vivir ausente'',

y todo ello en primera persona, sin que quepa la duda de la autobiografía que tenemos entre manos.

La última parte del libro, ''Libro de Amaranta'', está dedicada monográficamente al amor. El amor que llega, que vence y que se ausenta. Y una ''... muchacha rubia'', un ''quince de julio''... Así Jacinto Mañas Rincón nos ofrece un librito de fácil lectura ''lejos de cierto barroco'', como él mismo dice, y henchido de humanidad.

BRAC, 120 (1991) 295-312

SANTA CRUZ, EMILY: EL INSPECTOR RONCO, Tomo I, Córdoba, Aula de Cultura "Astro", 1989; 101 págs.

JOAQUIN CRIADO COSTA
e INMACULADA HERRERA MARTINEZ

Con este libro comienza Emily una nueva etapa en su quehacer narrativo. Si hasta ahora la habíamos asociado con la grey infantil y las aventuras de unos simpáticos personajes, se inicia esta serie policíaca del Aula de Cultura "Astro" publicando el primer tomo que escribe la autora sobre tan sugerente tema como es el policíaco.

Mujer de ágil pluma, es capaz de trasladar su labor narrativa de unos temas a otros -dispares en grado sumo- pero siempre con la imaginación innata que la configura y define.

Cuatro historias policíacas son las que encabezan este nuevo deambular "emilianesco" por el mundo de la intriga, el misterio y el descubrimiento de hechos o personajes inmersos en el caos de la sociedad.

La primera historia, "La casa del Portillo", narra una clásica aventura amorosa con sus trampas, celos, desengaño... en boca de unos personajes: el detective-inspector Ronco, el investigador Sr. Goitia, su amada Blanca y su colaborador Gastón. De forma sencilla, con un lenguaje y una expresión coloquial y directa, Ronco va explicando cómo sucedió "la cosa" y muestra sus dotes y habilidades detectivescas.

"Ruidos" es la segunda narración que se nos presenta. De nuevo el inspector Ronco hace su aparición en escena y se adentra en el típico asesinato por dinero y avaricia. Toda la trama gira en torno a Ronco; Don Simón, el viejo; Don Simón, el joven; su esposa y un sinfín de personajillos que acuden a un velatorio.

Es aquí donde demuestra Emily su sarcasmo lingüístico y su habilidad narrativa al ir describiendo situaciones, comentarios, chismorreos, personas, etc. propios de un clásico y típico velatorio.

El tercer caso, "El caso de la florista", nos narra una historia propiciada por el orgullo y el poder del dinero frente a los sentimientos nobles de otros seres. Se encuentra Ronco involucrado en este asunto: una joven florista, trabajadora en la floristería de Dª. Nicasia, se ve despedida por la soberbia y altivez de la mejor cliente, Eugenia Alvar.

Los hechos se complican y un aparatoso incidente pone a la altiva señora en manos de la joven florista. Historia abierta -si bien cada cual puede sacar sus propias conclusiones- que se continúa en el cuarto relato, "Aquel torniquete", último de este primer tomo.

Misterio, intriga, suspense... relacionan esta narración con la anterior. Los mismos personajes comienzan sus aventuras a partir de un hecho ocurrido en el cuento tercero: la florista había colocado un tornique te a Eugenia.

Muertes repentinas por infartos o paros cardíacos, precedidos por cunvulsiones y otros síntomas, conducen a Ronco a la floristería de Dª. Nicasia, donde unos frascos de líquidos fertilizantes le abren los ojos al inspector para desenmascarar el cambio de comportamiento que aprecia en la florista y las causas de las muertes.

Los cuatro cuentos tienen un eje central conductor, el inspector Ronco, quien siente "una punzada de mi estómago" cuando presiente o ve, con más o menos claridad, motivos o pistas para desvelar algún caso. Prosa actual, plena de elementos actuales con algunas pinceladas de tinte policíaco configuran los gustos generales de este breve conjunto narrativo.

Nos sorprende enormemente la baja calidad tipográfica. Hemos detectado un gran número de erratas de imprenta: acentuación, puntuación e, incluso, alguna falta de ortografía. Esperamos que todo esto, que se viene repitiendo en las obras de la autora, se subsane en sus próximas publicaciones.

RAFAEL GRACIA BOIX: "BRUJAS Y HECHICERAS DE ANDALUCIA", Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, 1991. Pág. 499.

JOSE Mª. OCAÑA VERGARA
ACADEMICO NUMERARIO

El académico Rafael Gracia Boix, autor de notables obras sobre la Inquisición española, ha vuelto a sorprendernos, y muy favorablemente, con la edición del libro ''Brujas y hechiceras de Andalucía''. Esta obra complementa la tríada constituida por ''Colección de documentos para la historia de la Inquisición de Córdoba'', ''Autos de fe y causas de la Inquisición de Córdoba'' y ''Fundamentos de la Inquisición española''.

Gracia Boix analiza el fenómeno de la brujería como la forma maléfica de hechicería, practicada por quienes se supone o dicen haber hecho pacto con espíritus malignos o con el demonio. La voz brujería connota unos caracteres de malignidad que no suelen darse en la hechicería o magia. Suele reservarse para designar las prácticas ejercidas o atribuidas a los brujos y, sobre todo, a las brujas en la Europa cristiana entre los siglos XIII y XVIII.

El autor, tras numerosas jornadas de paciente investigación en archivos, cotejando y analizando documentos de dificilísima lectura e interpretación, nos ha dejado una obra que consideramos fundamental para la zona de Andalucía, donde esta parcela antropológica ha merecido escaso interés, existiendo sólo algunas monografías relativas a reducidos grupos locales.

La obra está estructurada en dos partes, que se complementan felizmente. En la primera, el señor Gracia Boix analiza la historia de la brujería y hechicería en general, para, deductivamente, acercarse a estas formas seriamente perseguidas y castigadas por la Inquisición en Andalucía.

La segunda, de capital importancia según el autor, pretende ser un examen, diríamos casi exhaustivo, de todas aquellas personas ligadas a estos menesteres demoníacos, sin olvidar a las gitanas y varones que tuvieron por ocupación ''alguna de las ramas del frondoso árbol de las artes mágicas''. Se incluye también un capítulo dedicado al curandismo.

Brevemente expondremos los títulos de los diferentes capítulos que conforman esta obra con el fin de precisar la excepcional labor llevada a cabo por el señor Gracia Boix.

Primera parte.- Capítulo I: La teurgía; capítulo II: Magia y religión; capitulo III: En la España visigoda; capítulo IV: En la España musulmana; capítulo V: La caza de

brujas; capítulo VI: Magia, brujería y hechicería; capítulo VII: Los "aquelarres"; capítulo VIII: Los sistemas.

Segunda parte.- Capítulo I: La España de los siglos XVI al XVIII; capítulo II: Las andaluzas: ¿brujas o hechiceras?; capítulo III: Brujas y hechiceras del siglo XVI; capítulo IV: Brujas y hechiceras del siglo XVII; Capítulo V: Brujas y hechiceras del siglo XVIII; capítulo VI: Las artes mágicas en los gitanos; capítulo VII: La medicina mágica; capítulo VIII: Las artes mágicas en los varones.

La obra se completa con un apéndice documental, fuentes documentales, riquísima bibliografía, y un índice onomástico, topográfico y de materias.

La simple lectura de estas breves líneas nos dan cumplida razón de la labor llevada a cabo por este notable investigador y ensayista de una de las parcelas, quizás, más descuidadas de la antropología andaluza. Las referencias a las alcahuetas, astrólogos, oraciones y medios empleados en estas manifestaciones, que caían bajo la jurisdicción de la Inquisición, son numerosísimas y constituyen el mejor testimonio de la paciente labor y estudio detalladísimo del autor.

Pero lo que más nos ha sorprendido ha sido la calidad expositiva del tema, con una redacción que refleja el ideal preconizado por los tratadistas clásicos: "Deleitar aprovechando".

Gracia Boix ha sabido combinar felizmente las fórmulas estereotipadas de los conjuros y oraciones de las brujas con una redacción sencilla, eludiendo las denominaciones extrañas y procurando en todo momento que la lectura del libro sea agradable para el lector que intenta penetrar en el misterio de esta parcela histórica.

El autor nos da una visión coherente y exacta de la brujería y hechicería en la evolución diacrónica española y andaluza, básicamente. Aparecen retratos de innegable valor por la acertada combinación de los elementos internos y externos. La feliz conjunción de la etopeya y de la prosografía genera documentos de excepcional importancia para conocer cómo eran aquellas personas y cómo vivían en ambientes hostiles y perseguidos por la Inquisición.

Gracia Boix ha basado su ensayo en el análisis objetivo e imparcial de una parcela histórica a la que ha dedicado muchas horas de investigación. La obra responde claramente a las bases determinantes del trabajo histórico: precisión, análisis pormenorizado de las circunstancias particulares de los individuos estudiados, profundo conocimiento de las fuentes utilizadas, reconstrucción de los hechos con sus relaciones íntimas de causalidad (síntesis) y cabal exposición para expresar exteriormente la reconstrucción histórica por medio de la palabra.

Por todos estos motivos, creemos que la obra del académico señor Gracia Boix llena una parcela capital de la historia de Andalucía, además de proporcionar la base para posteriores ensayos en las distintas regiones españolas que deseen adentrarse en el mundo complejo de las brujas y hechiceras.

JOSE PEÑA GONZALEZ: "MANUEL AZAÑA: EL HOMBRE, EL INTELECTUAL Y EL POLITICO" Fundación Colegio del Rey de Alcala de Henares, 1991; pág. 340.

JOSE Mª. OCAÑA VERGARA
ACADEMICO NUMERARIO

La presente biografía de don Manuel Azaña recoge, fundamentalmente, el contenido de la tesis doctoral elaborada por el profesor egabrense don José Peña González en los años setenta y defendida brillantemente en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense, al merecer la calificación de ''sobresaliente cum laude''. En el año 1990, el autor procedió a aligerar la obra de los apéndices propios de investigación, notas y citas bibliográficas, al tiempo que incorporó la última bibliografía aparecida hasta entonces. Estructurada de acuerdo con las indicaciones anteriores, fue presentada al concurso convocado por la alcalaína Fundación Colegio del Rey obteniendo el Premio de Investigación ''Ciudad de Alcalá de Henares 1990''.

La obra se divide en tres partes, de acuerdo con la nomenclatura titular: el hombre, el intelectual y el político. En la primera, el profesor Peña analiza la rica y polifacética personalidad de Azaña, con sugerentes observaciones sobre su nacimiento, infancia y juventud, para, posteriormente, estudiar su proyección universitaria y su labor como funcionario, escritor y orador de reconocido prestigio nacional e internacional. El profesor Peña esboza una cabal etopeya del político complutense, destacando los principales rasgos de su carácter, como ''figura compleja, difícil de enjuiciar y enigmática, incluso para amigos y colaboradores''.

La segunda parte, dividida en cuatro capítulos: ''El intelectual Manuel Azaña'', ''A caballo entre dos generaciones'', ''Las empresas intelectuales de Manuel Azaña'' y ''El intelectual y la sociedad'', aborda, según palabras del autor, una de las dos facetas más indisolubles en la vida de Manuel Azaña: la del inteletual, la etapa más larga de su travesía biográfica, puesto que constituyó una actitud permenente hasta su muerte.

El ideario básico del político alcalaíno se cifraba en aprovechar la llegada de la República para llevar a cabo una revolución cultural que permitiera la elevación del pueblo español. Azaña pensaba que con esta revolución cultural podría intelectualizar la política y el estado y obtener una mayoría ideologíca que sirviera de elemento de cohesión a la sociedad al participar la mayor parte de sus miembros en un mismo cuadro de valores. Desgraciadamente, su fuerte impronta racionalista no obtuvo el éxito apetecido, y, como advirtió Castillejo, ''la revolución española, aunque empezada por intelectuales y habiendo buscado su inspiración en los libros, pronto se volvió

un movimiento del instinto contra la razón, de la fe contra de ciencia y de la juventud contra los mayores''.

La parte tercera se estructura en cuatro capítulos: ''La vocación política'', ''Los ideales políticos de Manuel Azaña'', ''La república azañista'' y ''Y el estado azañista''. El profesor Peña analiza con la máxima agudeza los aspectos básicos que conformaron la proyección del político alcalaíno, teniendo en cuenta dos aspectos fundamentales: su vocación y el conjunto de ideas que configuraron el credo gubernativo y estatal de Azaña.

La obra, excepcional documento biográfico y ensayo político del autor de ''La velada de Benicarló'', refleja las singulares dotes que adornan al doctor Peña González, profesor de Historia Política en la Universidad Complutense, y de Derecho Político en la Fundación San Pablo (CEU). Sus profundos estudios sobre la vida y pensamiento de Azaña le han permitido crear una obra de innegable valor histórico para conocer los más íntimos entresijos de una personalidad relegada al olvido.

El profesor Peña González ha elaborado una obra de gran contenido histórico y, al mismo tiempo, de fácil y agradable lectura. Como Licenciado en Ciencias de la Información, ha procurado que su ensayo responda a las directrices modernas preconizadas por quienes defienden las ideas azoriniana: frase breve, perfecta ilación de las oraciones y actualización de los hechos narrados mediante un cabal uso de los modos y tiempos verbales. El profesor Peña ha huido de términos especializados para acudir a un lenguaje sencillo, correcto y de alta valoración estética.

La obra se completa con una riquísima bibliografía que recoge múltiples manifestaciones temáticas.

Podemos afirmar que ''Manuel Azaña: el hombre, el intelectual y el político'' ha contribuido poderosamente a enriquecer el conocimiento de una de las personalidades más controvertidas de la historia española del siglo XX.